# IRIS

PEDRO N. CRUZ

OMER EMETH

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CHILE
Calle de Morandé, Nos. 767-769
1918

954485

# IRIS

PEDRO N. CRUZ

OMER EMETH

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CHILE
Morandé Núms. 767-769

1918

# AL LECTOR

Sin prólogo, sin análisis de ninguna especie, sin elogios entregamos al público, encerradas en el marco de un folleto manual, las críticas literarias publicadas en los diarios «La Unión» y «El Mercurio» y debidas a las primeras plumas de nuestro mundo crítico-literario: Sr. D. Pedro Nolasco Cruz y Omer Emeth.

Léelos, amable lector, con detenimiento y sin prejuicio y aprenderás a enaltecer únicamente a quien de veras se lo merece.

# CRITICA LITERARIA

## IRIS

### De don Pedro Nolasco Cruz

De poco tiempo a esta parte, son relativamente numerosas las señoras y señoritas que escriben novelas, cuentos, viajes, páginas íntimas. En esas producciones desahogan afectos un tanto románticos o sentimentales con la timidez, el pudor y delicadeza propias de la mujer, lo cual induce al público a recibir esas obritas con benevolencia y galante cortesía. Como no se trata de escritoras propiamente tales, sino de simples ensayos, de tentativas originadas por una disposición ocasional del ánimo, sería impropio e inoportuno juzgar esas amables composiciones como si fueran obras que pudieran ejercer eficaz influjo en doctrinas de trascendencia o en el gusto literario.

No es este el caso de Iris, seudónimo de una de las más distinguidas y respetables matronas de nuestra sociedad. Es escritora por vocación, por naturaleza. Ha escrito bastante y escribe sin cesar. Aspira a ser luz y guía de la mujer chilena, y a dilucidar problemas de regeneración social. Tiene admiradoras e imitadoras entusiastas, y le han prodigado aplausos hombres influyentes y que cultivan las buenas letras. Hay, pues, motivo para examinar su obra literaria.

Iris es briosa, vigorosa, de percepción rápida, de ingenio sutil y agudo, de no escasa fantasía. Su frase es corta, la expresión enérgica. Su pluma corre fácil, ligera, con reflejos brillantes.

Estas son las aptitudes literarias que manifestó en sus primeras producciones. ¿Cómo las ha cultivado? ¿Cómo las ha aprovechado? Da lástima decirlo: ni las ha cultivado, ni las ha aprovechado. Las ha dilapidado como a caudal que nada ha costado adquirir.

Del buen estilo tiene el espíritu; es decir, la vida, la fuerza, el movimiento; pero ha descuidado por completo el lenguaje, elemento de importancia tal que por sí solo puede dar duración a la obra. Que lo ha descuidado es poco decir; lo considera cosa secundaria; menosprecia francamente la corrección y pureza. Su lenguaje, a más de estar plagado de galicismos insufribles, ofrece a menudo la más extraña mezcla de castellano con palabras y frases francesas, unas veces subrayadas y otras, nó.

Lo bueno es que ella se excusa. Encareciendo el libro de una señora que usaba esa misma es-

pecie de lenguaje, por lo cual la habían criticado, Iris la defiende y se defiende a sí propia.

«Tal persona nacida en país de habla castellana, escribe sus cartas íntimas en francés; tal otra, lee el Evangelio o reza en inglés. ¿Por qué? No lo sabemos; pero el hecho es que la intimidad las lleva a emplear otra lengua que la nativa.

«En todo caso, porque en ese idioma encuentran la expresión más adecuada a su alma».

Quien quiera puede escribir en el idioma que más le acomode; pero no le es permitido hacer mezcla de una lengua con otra, porque la lengua es una especie de organismo que tiene leyes, usos y costumbres, que le son propias, que se corresponden entre sí y están íntimamente unidas al carácter de la raza o nación que las usa. La lengua no es algo que cada uno pueda amoldar libremente a su capricho sin incurrir en faltas, ni hacer una cosa defectuosa. De ningún modo. El que escribe incorrectamente obra fuera del orden y es reprensible, y el que escribe con corrección y pureza obra dentro del orden y es loable.

Dice Iris que, a veces, la escritora halla en el idioma extranjero la expresión más adecuada. Ve en esto un fenómeno que escapa al análisis, o talvez atavismo y extraños misterios, Sin embargo, es lo más natural del mundo. Una escritora que no conoce bien su lengua y chapurrea otra, como sucede con frecuencia, descubre en los vocablos y giros extranjeros matices muy delicados que le llegan al alma y la dejan pensativa. Pero

no hay fenómeno ni misterio en esto, sino pura ignorancia. ¿Quién tendrá ideas y afectos más sublimes, complicados, sutiles y difíciles de explicar, que los místicos españoles? Nunca necesitaron recurrir a palabras extranjeras, y todo lo comunican, no sólo con claridad y sencillez, sino también con amable y suave atractivo. Ahí están Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Lo que dice Iris me hace recordar a «Fray Gerundio». El P. Isla, ridiculizando los extravagantes sermones de su tiempo, cuenta que un predicador decía: «Humillitas llamó profundamente mi padre San Bernardo a la humildad, como lo puede notar el curioso en sus libros de Consideración al Papa Eugenio».

Más de una escritora, mordiendo la pluma y mirando vagamente los muebles o las paredes de la habitación, habrá pensado: "Charmant llaman profundamente en Francia a lo que aquí llaman encantador. ¡Qué diferencia!"

A pesar de sus razonamientos, Iris no está muy segura de que sea verdad lo que sostiene.

"No hay ningún derecho, dice poco después, para exigir que las mujeres escriban conforme a las reglas, cuando se nos cierran las puertas de las academias; y si a eso se añade la deficiencia, por no decir la nulidad absoluta, de la edueación que recibimos, queda de sobra demostrada la inferioridad de la mujer para realizar una obra cualquiera, respecto del hombre, que le lleva toda clase de ventajas".

Es claro que no hay ningún derecho para exigir que las mujeres escriban conforme a las re-

glas; pero tampoco tienen ellas derecho para exigir que sus obras sean elogiadas, como si observasen las reglas de la razón y el gusto. No hay quien no desee complacer a las mujeres escritoras, excusando y perdonando sus faltas literarias y atribuyéndolo a falta de instrucción y de estudio; pero, por desgracia, la obra de arte no se mejora un punto con estos perdones y excusas, y sólo es digna de aplauso cuando tiene méritos verdaderos.

Todo bien considerado, lo que dice Iris son disculpas, muy naturales por cierto. El que tiene vocación, desinteresado amor a su arte y la sensatez necesaria, busca él mismo la manera de instruírse en los secretos de ese arte y de perfeccionar sus conocimientos aun a costa de los mayores sacrificios. Cuando tal cosa no se hace, es señal segurísima de que a la vocación acompaña extremada suficiencia y de que el amor al arte es supeditado por el amor a sí mismo. Y entonces la vocación se frustra.

Tanto como el lenguaje, descuida Iris la composición. Parece que no tuviera noticias de ella. Una obra no adquiere toda su fuerza y eficacia, sino cuando sus partes son presentadas en forma tal, que a un tiempo se realcen a sí mismas y concurran armoniosamente a realzar el conjunto.

Iris es muy versada en los novelistas franceses, los cuales se distinguen por la manera artística de presentar las cosas. La novela francesa más pobre está presentada en la forma más favorable. Nuestra autora no ha aprovechado estos ejemplos. No se cuida en manera alguna del

desenvolvimiento natural e interesante de su asunto, de darle unidad y equilibrio, de limpiarlo de accidentes inútiles. Se extiende desmesuradamente en cosas secundarias, salta de una materia a otra sin transición, sigue una idea que le ocurre de paso y la deja de improviso. El lector queda con frecuencia desorientado.

Tiene la costumbre, y costumbre muy persistente, de mezclarse en todo, de interrumpirse ella misma. Sea relato, descripción, diálogo, Iris, en cada circunstancia y venga o no venga al caso, se distrae en hacer observaciones por su cuenta. Parece que teme que el lector se interese demasiado en el asunto y olvide a la autora, por lo cual procura recordársela con párrafos que ella estima pensamientos profundos.

Bastará un ejemplo. En un cuento escrito en el castellano de Iris, y que tiene el título "Quand méme", refiere que, en cierto establecimiento de Berlín vió a una señora rusa, Somya, la cual desde el primer instante le inspiró gran simpatía. Traban amistad, y la rusa le cuenta su triste hisotria. ¡Qué relato más interrumpido!

"Nos sentimos amigas, dice, sin preliminares de ningún género. Las confidencias venían a los labios ingenua y espontáneamente".

¿Vamos a oir las confidencias? Todavía nó. Se le ocurre a Iris algo, y lo dice al punto.

"¿Por qué extraño procedimiento psíquico, continúa, se produce a primera vista entre algunas personas, esa armonía misteriosa que no está basada en conocimientos humanos?

"Eso que los filósofos modernos han dado en

llamar el "inconciente", faltos de otro término más concreto ¿no será acaso el asiento de vidas profundas que vivimos fuera de nuestra conciencia humana, y que producen los fenómenos morales que nos sorprenden?"

Y, en este tono, sigue divagando sin explicar nada. Vuelve a Somya, dice que tendría unos cuarenta y cinco años, se le ocurre otra cosa y, para que no se pierda, se interrunmpe y la manifiesta.

"Siempre he observado, dice, que las mujeres que no han vivido la fugaz plenitud de ciertos momentos que parecen condensar el infinito, envejecen antes de la madurez.

"De modo que a su edad, relativamente joven, estaba muy lejos de ese "encore jeune", para ser una mujer, "deja fanée" definitivamente".

Si las reflexiones de Iris fueran superiores, instructivas, útiles, podría pasar ese lenjuaje peor que calle mal empedrada, y esos defectos de composición que dan a los que escribe un aspecto de libro desencuadernado; pero dichas reflexiones son casi siempre como las que se acaban de ver. Son pompas de jabón con visos y cambiantes, vacías, y a los cinco o seis renglones se deshacen solas.

La obra literaria de Iris, considerada en conjunto, nos presenta a una escritora que, por medio de géneros literarios secundarios (cuentos, novelas cortas, charlas, viajes) procura hacer resaltar su individualidad, cuyo rasgo principal, según ella, consiste en abrir vistas hacia la so-

ciedad, la naturaleza humana, la armonía de la creación. Grandes aspiraciones son éstas. Para realizarlas se requieren cualidades muy superiores, mucho estudio, variedad de conocimientos. Iris no cree poseer estos requisitos; pero sí, cierta intuición, en la cual se fía como en lo más seguro. Se considera llamada a esparcir la verdad, y cumple su misión resueltamente.

A veces se siente desfallecer en tan magna tarea; pero no faltan personas que la alienten y sostengan. Su último libro, una colección de cuentos con el título "La hora de queda", tiene la siguiente dedicatoria:

"A los espíritus de vanguardia, a mis amigos anónimos, a mis hermanas desconocidas, que de los extremos de la República, de la capital, de la aldea, del pueblo o del villorrio me han sostenido a diario, con bellas cartas de íntima comprensión, de bondad o de simpatía, levantando mi alma y sosteniendo mis desfallecimientos. A todos ellos van estas cartas escritas al calor de una más alta solidaridad espiritual y humana."

Predica, pues, Iris la verdad, y así dice con franqueza en "La cura Kneipp en Río Bueno":

"He pasado mi vida diciendo la verdad, y (agrega inmediatamente) con asombro descubro que nadie me cree... cuál será el hábito social de la mentira que nadie conoce la cara de la verdad?"

Cuando élla lo confiesa, podemos tener por cierto que predica en vano. ¿Por qué? Alguna razón habrá. Y la hay, a mi juicio.

Iris no tiene ideas fijas. Tomo la palabra ideas

en el significado de concepto fundado, de ciertos principios adquiridos, sobre los cuales el estudio y la meditación levantan un sistema, una doctrina, una opinión ilustrada.

Ahora bien, en parte alguna de sus libros se ve una base demostrada, propósito definido, procedimiento lógico, desenvolvimiento racional. Inútilmente he buscado alguna vez sobre esto en lo que acerca de ella han escrito los espíritus de vanguardia. Algunos de éllos es cierto, hablan de las reflexiones filosóficas de Iris, de la filosofía que va envuelta en los relatos y que se desprende sola: pero no dicen cuál es esa filosofía, ni qué fundamento tiene, ni cómo está desarrollada.

El espíritu de vanguardia más notable que sostiene y alienta a Iris, es, sin duda alguna, don Francisco Javier Ovalle. La ha estudiado y admirado en un grueso folleto; pero no señala ni el más insignificante sistema filosófico, literario, artístico, social. Podemos, pues, decir que no lo hay.

Iris no tiene ideas fijas sobre cosa alguna. Por eso no han creído lo que predica, y no por lo que dice ella de que la sociedad está tan acostumbrada a la mentira que no conoce la cara de la verdad. ¿Cómo Iris ha llegado a considerarse tan superior a todos? Lo veremos más adelante.

Iris no tiene ideas fijas: sólo tiene ocurrencias e impresiones. Basta leer cualquiera de sus páginas para convencerse de ello. Algo ya he citado: más o menos es así lo que generalmente escribe. Las ocurrencias e impresiones constituyen su rasgo característico. Carece de profundidad,

es poco penetradora y de instrucción superficial; pero es viva, pronta y coge fácilmente los rasgos exteriores. No experimenta emociones hondas, persistentes, de un mismo orden, de aquellas que imprimen carácter, sino exaltaciones, impresiones que se levantan rápidas y luego desaparecen.

Un asunto en que Iris pudiera manifestar sus ocurrencias e impresiones libremente y oportunamente, sería el apropiado para su ingenio.

Ese asunto lo encontró una vez, en los comienzos de su carrera literaria, y produjo su mejor libro, "Hacia el Oriente". El relato de viajes se presta como ningún otro para dar libre campo a ocurrencias e impresiones, sin que éstas nada interrumpan y en nada molesten. Por el contrario, contribuyen en gran manera a la variedad y amenidad. La sucesión de individuos de diferentes naciones y razas, los monumentos históricos, los espectáculos de la naturaleza, los accidentes del viaje, las costumbres extrañas, sugieren a cada paso ideas imprevistas y prontos movimientos del ánimo. Este es el verdadero elemento de Iris.

"Hacia el Oriente" es libro de lectura muy agradable. Entonces Iris no pensaba todavía en predicar la verdad ni en descubrir el orden y la armonía del universo. Era una escritora ocurrente y sensible, que sabía observar las cosas con gracia y agudeza, buena descriptora, sincera, espontánea, y que usaba un lenguaje más o menos corriente.

El libro fué elogiado y con razón. Iris se sintió estimulada, y se dió prisa en seguir escribien-

do. Cuanto publicaba era recibido con aplausos; pero sin discernimiento y como por seguir una costumbre establecida. Influyeron en esto, a más de la natural benevolencia hacia las escritoras, muy pocas entonces, las cualidades personales de Iris. Es una señora de la sociedad más principal, muy alabada por su urbanidad exquisita, su conversación insinuante e ingeniosa, su gusto delicado, su cultura adquirida en largas estadas en Europa. Los personajes notables, chilenos o extranjeros que nos visitan, hallan en su hogar una acogida llena de distinción y elegancia. Es natural que todos ellos agradezcan sus amables atenciones, y que las correspondan juzgando sus obras con obsequiosa cortesía. No podían, ciertamente, pensar que estos elogios pudieran perjudicarle de algún modo. Si hubiera sido simplemente aficionada a las letras, nada habría que decir; pero tiene el alma y las aptitudes de verdadera escritora, y alabanzas tan unánimes habían de influir en ella con respecto al modo de juzgar sus propias obras.

Triunfos tan fáciles le ofuscaron el criterio, y luego ambicionó más altos laureles. Sus ocurrencias se transformaron a sus ojos en pensamientos trascendentales; sus impresiones fugaces, en emociones de gran artista. Desaparecieron la sencillez e ingenuidad, y quedó una alma complicada, llena de aspiraciones vagas, de anhelos indefinidos, de ideales sin forma. Ayudó a esto cierta natural independencia de espíritu, cierto desarreglo en el pensar, la inclinación a singularizarse,

y lecturas de teosofía, cuya influencia a menudo se manifiesta en sus obras.

La expresión se resintió. El lenguaje se mezcló con palabras extranjeras que encubrían la vaguedad de la idea. El estilo se volvió exaltado, preguntón. Las frases se suceden sin agregar nada a la idea, y como si atendiesen más a prolongar y variar sonidos que a la sencilla comunicación del pensamiento. Con frecuencia carecen de conexión unas con otras.

Bien pronto se afirmó en Iris la confianza en sí misma, confianza harto prematura y que no tardó en convertirse en seguridad completa de que cuanto le ocurría a la imaginación era cosa bella, verdadera y buena, y debía ser manifestada. No escoge, no corrige, no medita. ¿Para qué? Toma la pluma y su intuición le va mostrando todo en ese mismo instante. Así ha llegado a considerarse depositaria de la verdad.

Sin que lo haya echado de ver, se ha apoderado de Iris, la soberbia. Los que no la admiran son espíritus estrechos y menguados. Todo lo que señala límites es cosa estancada. El orden, el sistema, el sometimiento, son añejeces.

Ella evoluciona sin cesar. "En cuanto a mis ideas, dice en "La cura Kneipp", me envanezco en decir que evoluciono sin cesar: "Vers la lumiere".

"Vers la lumiere!" Y uno ve que evoluciona sin cesar hacia la oscuridad, porque cada día se le entiende menos lo que escribe.

Para su concepción superior, todo es mezquino, aun aquello que universalmente se considera

como lo más sagrado. En "Sensación medioeval", insignificante descripción de un viaje a Asís, toma vuelo de improviso y sin haber para qué, se cierne en las alturas de la plenitud universal y termina con este párrafo:

"Y nos sentimos desligados de todos esos conceptos mezquinos de patria, de familia, de credo, para entrar en un elemento mayor que nosotros mismos, al mundo de la verdad, de la belleza y del amor, de donde emanan todas las formas que constituyen nuestra vida fugaz y personal".

Parece que no fuera cierto; pero Iris no ama a su patria. En "Tierra Virgen", queda extasiada contemplando un lago, y dice:

"Me arrodillé en tierra, porque la belleza me dobla siempre las rodillas, y dije por primera vez de mi vida: ¡Viva Chile!

"Me parece que no amo a este país, pese a quien pese, y lo digo sin rubor, porque la peor de las verdades tiene tras de sí toda una lógica que nos defiende y nos escuda contra la más hermosa de las mentiras.

"Me molesta ese peso de fatalidad que oprime a la raza y que los Andes de Santiago representan con su muro vertical, fuerte y despiadado que corta el horizonte como una amenaza".

A Iris se le doblan las rodillas, delante de la belleza. Delante de lo desagradable, como la vejez, se irrita, ridiculiza a los ancianos porque procuran sanar de sus dolencias, y pregunta para qué quieren vivir si ya no pueden gozar de la vida. Iris cree que el principal objeto de la vida es gozar de ella.

"Patinando en la plaza con unos amigos, dice en "La Cura Kneipp", cruzamos dos viejas, afrenta del sexo hermoso. Las dos van armadas de dos grandes báculos y resueltas a conquistar la salud y la vida a cualquier precio. Las observo airada y les digo: ¿Desean vivir? Y para quién?

"Ellas creen que converso con mi amigo, y siguen impertérritas a la conquista de la vida que se reducirá a refunfuñar con el gato junto a un brasero solitario, en que no retozarán los nietos".

Iris es muy inclinada a reirse de los sacerdotes, del culto, de las personas piadosas, de los hombres de costumbres ordenadas, de los conservadores, o sea, del partido que defiende a la Iglesia. Iris ha hallado entre estas personas resistencias muy justificadas; pero, en vez de reflexionar, se ha dejado cegar por su gran vanidad. Olvidando, como escritora, su educación social, ridiculiza con acritud y encono todo lo que le resiste. Va más allá, personaliza, provoca, falta al respeto y a las consideraciones debidas, y llega hasta la injuria. Justo es decir, que en esto hay algo de inconciencia. Se halla persuadda de que cuanto escribe es en extremo agudo, ingenioso y delicado, y cree que nadie puede resentirse por lo que ella dice.

Iris es creyente y observante: se confiesa, comulga, reza novenas. Así lo cuenta en sus obras. Pero se reserva en su alma, en su castillo interior, un departamento o morada donde puede disfrutar de libertad religiosa. Ahí acomoda a

su gusto, con las creencias católicas, ciertas ideas sobre teosofía, trasmigración de las almas, y manifiesta sus simpatías hacia las doctrinas liberales.

Siempre se ha notado en ella esta tendencias pero antes la tenía con cierta discreción, Sus arranques de piedad no son ahora tan espontáneo; como antes.

En su "Viaje hacia el Oriente", cuando era sencilla y fervorosa, visita el Santuario del Carmelo, y exclama:

"Mi alma rebosa afectos ante esta cuna de la devoción tradicional chilena. ¡Virgen Inmaculada! que tu protección nunca se aparte de nosotros¡ ¡Que jamás tengamos que invocarte como los franceses te invocan en Lourdes; *rendes nous la foi des vieux temps!* Que esa fe. único refugio del ideal que cada cual tiene en un rincón de su alma, nunca se debilite para que nunca sintamos su horroroso vacío!"

Esto es sincero y conmueve. No así sus emociones religiosas posteriores a esa época. Por ejemplo, una especie de himno de Navidad, a la cual llama naturalmente Noel, y que tiene el título de "Minuit Chretiens!" Es un himno cantado en falsete y bastante chillón, Ahí anda Cristo mezclado con "el momento evolutivo que el cristianismo representaba en las almas humanas."

El amor es punto que salta a cada paso, con cualquier motivo, y aún sin motivo, en la obra literaria de Iris. Ya sea que describa, o relate, o intente reflexionar, de algún modo se refiere al amor. Y el concepto que se ha formado del amor es de lo más extraño y complicado. Generalmen-

te se desarrolla en planos: el plano astral, el plano natural, el plano espiritual. Comprende multitud de cosas: la armonía universal, la tendencia hacia arriba, la fusión de almas aquí y en el más allá, otra fusión de almas en épocas atávicas y que se renueva en la presente, la sinfonía de la naturaleza, el placer de vivir por vivir, la cooperación a la vida universal.

Este concepto del amor se presta admirablemente para explicarlo sin cesar en frases verbosas, de sentido vago, y sin que nadie llegue a entenderlo. Quedamos desorientados, aún en las cuestiones más sencillas que tocan al amor.

Por ejemplo, ¿cuándo amamos? Cualquiera dirá, encogiendo los hombros: ¡qué pregunta! Pero, según el concepto de Iris, el asunto es arduo. Hablando de una pieza dramática "L'altro pericolo", dice:

"No se ama en la primera juventud, ni en los primeros años de matrimonio, se ama cuando la vida ha dejado en nuestra alma su sedimento de luz o de sombra, de ensueño o de amargura, cuando entramos en más íntima conciencia de nosotros mismos, cuando el aturdimiento de lo nuevo o el halago de lo desconocido desaparecen".

Lo singular, es que esta profunda conocedora del corazón humano ignora lo que saben hasta los muchachos, a saber que, para el hombre son desconocidas todas las mujeres menos... menos una que otra, Fulana y Zutana. De modo que el halago de lo desconocido siempre subsiste y nunca desaparece, y la curiosidad pecaminosa siem-

pre está acechando al hombre en todas las edades y en todos los estados de la vida. Esa serenidad y reflexión amorosa de que habla Iris es una suposición llena de candor, y bastante extraña en una señora de edad provecta.

En general, lo que ha escrito Iris en este segundo período de su vida literaria es mediocre.

"Tierra Virgen", es una monótona e interminable descripción de bosques, lagos y montañas. Son mucho más de cien páginas. Ahí abundan los amaneceres, atardeceres y paisajes de todos colores como esas cromolitografías literarias tiradas a tres y cuatro tintas, con que diariamente nos atosigan los autores de cuentos en periódicos y revistas. De cuando en cuando interrumpen el silencio de los bosques los acordes metálicos de la sinfonía universal. Mientras tanto, las terribles observaciones sobre la naturaleza humana no nos dejan punto de reposo. Desde las primeras páginas nos asaltan. Entre la descripción de unos troncos y de unos copihues, nos salen al paso y nos detienen. "El bosque en su belleza me traduce el sobrecogimiento de un alma que siente la inmensidad de la vida y que se desconsuela sin saber a dónde viene y a dónde va. . ."

Las "Emociones Teatrales" son tan exaltadas, destempladas, exageradas, que parecen emociones de una señora provinciana que por primera vez hubiera asistido a representaciones dramáticas en el Teatro Municipal. Los actores son asombrosos; las piezas, una maravilla de ingenio. Esa ola de entusiasmo frenético arrastra confun-

didos a Hamlet y las comedias de los hermanos Quintero. Esos artículos, cuando más, podrían pasar en la sección de teatros de un periódico de modas.

La colección titulada "Hojas caídas" es una miscelánea insignificante. El título a nada corresponde. Bien podía haberse llamado "Piedras del camino". Habría dado lo mismo.

En "Perfiles Vagos" hay algo que escoger. Los cuentos "Desconocida" y "Fatalidad", serían bastante buenos si se salvaran los defectos de composición, y se suprimieran muchas cosas inútiles, sobre todo, las implacables observaciones sobre el alma humana.

El título "Perfiles Vagos" es traducción de "Profils perdus", una colección de cuentecitos de Bourget. Son simples esbozos, pequeños estudios de este maestro de la novela psicológica, que sabe analizar las pasiones con vigor, lógica y precisión admirables. En "El Demonio de mediodía", casi toca al genio. Se inspira en una tesis y sabe presentarla en forma sensible, como el artista se inspira en el espectáculo de las acciones humanas o de la naturaleza.

Cabía muy bien dentro de las facultades narrativas de Iris, imitar con buen éxito esos bosquejos de Bourget. En sus viajes por países extranjeros, pudo coger al paso, con su observación fácil de los rasgos exteriores, a esos personajes que, lejos de su patria, buscan una distracción o consuelo a sus penas interiores.

Pero también ha querido imitar al maestro en sus novelas. En el "Bautismo de Sangre", que

se halla en su libro recién publicado, "La hora de queda", parece que hubiera tenido a la vista a "Cruelle enigme".

Nada más ajeno de Iris que la penetración profunda, la investigación racional, la lógica, el estudio, el análisis, la preparación de las escenas dramáticas, y la sencillez en la expresión que da tanto vigor al pensamiento. Es natural que fracasara en su empresa.

Nada más peligroso que imitar a Bourget en sus novelas. Muchos de sus personajes carecen de sentido moral y las pasiones que los arrastran no tienen más frenos que las circunstancias; pero él con su poderoso espíritu psicológico, manifiesta al desnudo los orígenes, el desenvolvimiento y el resultado de esas pasiones, de modo que el lector ve que hay una infracción a las leyes de la moral, infracción que es causa del desorden interior y de desgracias irreparables.

El imitador de Bourget es atraído sobre todo por el vigor y la crudeza de las escenas culminantes, por la violencia de las pasiones y los transtornos que ocasionan. La parte psicológica, que es la principal, se vuelve en los imitadores en un análisis frío, cansado y presuntuoso. Los principios morales se desvanecen y sólo quedan pasiones desenfrenadas.

Iris cae en estos defectos, a más de los que son ordinarios en ella. Hasta parece que participa de la carencia de sentido moral de sus personajes, por cuanto de tal manera la entusiasman sus amores, que, cediendo a ese irresistible impulso de comentarlo todo, se echa a ensalzar la pasión amo-

rosa, sin acordarse de las leyes de la moral. "Bautismo de Sangre" es lo más lleno de presunción y lo más malo que ha escrito.

Lo mismo digo de "El anillo de Amitsis", que también se halla en ese volumen. Es un cuento un tanto ridículo y no de muy buenas intenciones, con un argumento disparatado. En cambio, "Miserias ocultas", es digno de elogio.

En el cuento "La hora de queda", que es el que da el título a la colección, Iris ha intentado envolver algo trascendental: nada menos que derribar el régimen de la colonia. Ella no tiene la menor idea de lo que es el régimen de la colonia, como tiene idea de cosa alguna; pero, sin duda, la han azuzado los espíritus de vanguardia. Quiere demostrar palpablemente como una época en que domina la religión, en que la gente es piadosa y ordenada en sus costumbres, sólo puede producir espíritus estrechos, incapaces de comprender la sinfonía universal, el goce inefable de vivir por vivir, la evolución vers la lumiére, y demás fantasmas que pueblan el desequilibrado cerebro de Iris.

Realiza su propósito de la manera más infantil. Reune en una casa solariega tres solteronas tontas y dos clérigos tontos, hablan unas cuantas necedades, y ese es el cuadro del régimen de la colonia. No se sabe de dónde vienen esos personajes, ni qué hacen ahí, ni a dónde van. Aquello le ha resultado una caricatura grotesca.

Como de ordinario, la autora se entromete con sus inplacables y terribles observaciones, acomo-

dadas ahora a las circuntancias. Bastará una muestra.

Hablando de lo que pasaba en la casa solariega, dice: "Reinaba ese orden superior, privilegio del buen criterio y del perfecto sentido común, que constituye la virtud de los necios".

Y hablando también de los mismos, dice en otra parte «que, en esa casa, la religión, en cuyo nombre se vivía, secaba las almas, paralizaba todo impulso, cerraba el espíritu a la luz y atemorizaba cruelmente, sin consolar jamás».

Pero el lector preguntará: finalmente, ¿cuál es en resumen la importancia o el mérito literario de Iris? Luego diré cuál es, a mi juicio. Pero antes es oportuno conocer la opinión que Iris tiene de sí misma y es una opinión arraigada, porque alude a ella en varias partes.

Dice en «Tierra Virgen»:

«He llegado a este mundo, atrasada en un sentido y adelantada en otro. Por mi temperamento cristiano y doliente debí pertenecer a la lucha medioeval; por mis ideales, pertenezco a una Grecia venidera, y mientras tanto vivo en un mundo rancio en sus fórmulas estancadas, nuevo en los albores de una era que se aproxima, y de que muy pocos entre mis contemporáneos han tomado la vanguardia».

Aquí puede también notarse la importancia que tienen para Iris los espíritus de vanguardia.

Ahora bien, de lo que piensa Iris de sí misma a lo que yo pienso de ella, no hay más que un paso.

Iris es una escritora que ha fracasado, o, para

que me entiendan más bien los galiparlistas, es una escritora ratée. Menosprecia sus modestas aptitudes que, bien cultivadas, la habrían hecho figurar con algún brillo en nuestra literatura amena; pero procura y ambiciona lo que no es capaz de alcanzar. La rodea una pequeña corte de señoras literatas y de espíritus de vanguardia que le han extraviado el criterio.

La pobre Iris cree que hace pensar al público. La engañan. Simplemente lo hace reir.

# El movimiento literario

## CRÓNICA BIBLIOGRÁFICA SEMANAL

### De Omer Emeth

La Hora de Queda *(Novelas cortas)*.—Por Iris.—Santiago.—Imp. Universitaria. 1918, 227, páginas in-16.

Un día de acontecimiento literario (cuando, por ejemplo, sale a luz un libro como «La Hora de Queda»), expónese a grave peligro el crítico que opina a la hora undécima. A esa hora el fallo de la opinión está dado. El crítico que llega tarde hállase, pues, en duro aprieto, porque o adopta aquel fallo o lo objeta y contradice. En el primer caso, tíldasele de perezoso, incapaz o servil y no falta quien le acuse hasta de plagio. Peor aún siéntale, en el segundo caso, su actitud de contradictor, porque, entonces, se le llama cruel, atrevido, injusto y para los jueces más blandos (es decir, para los más escépticos), es

simplemente lo que los franceses llaman «un empécheur de danser en rond». ¡Qué disyuntiva! En estos aprietos halla el crítico el merecido castigo de su retraso.

Pero contra siete vicios hay siete virtudes. ¿Cómo ha de faltar una salida? Por lo que a mí toca, creo que ésta habrá de consistir en adoptar el fallo laudatorio, mas no sin acompañarlo con ciertas restricciones que juzgo necesarias.

Repitiendo, pues, y hasta subrayando lo que ya todos saben, diré que en su nuevo libro, Iris derrama a manos llena los tesoros de su fantasía, y que luce su «esprit», su ironía y esa su filosofía peculiar que es una curiosísima combinación de ideas europeas e hindúes, de cristianismo y de teosofía.

Estos, a mi ver, son los elementos constitutivos de su personalidad literaria, tal como llegué a representármela cuando leí en 1910 los libros en que Iris recopiló algunas de sus páginas publicadas hasta entonces en diarios y revistas.

Ese «esprit», esa fantasía, esa ironía y, sobre todo, esa filosofía, van juntas con otras cualidades que no son como ellas, características de Iris sola, sino que pertenecen a todas las grandes escritoras: con esa fluidez y verbosidad, con esa uniformidad de temas y esa tendencia anárquica de pensamiento que hoy por hoy son notas distintivas de la literatura femenina.

En este punto ningún escritor iguala a las escritoras. Puede uno que otro de los distintivos enumerados arriba hallarse en tal o cual autor masculino; pero es raro, mejer diré, es práctica-

mente imposible encontrarlos juntos en él, como los encontramos en las escritoras verdaderamente dignas de este nombre.

Para pruebas citaré algunos nombres: en Francia, el de Jorge Sand; en Inglaterra, los de Jorge Eliot, de las hermanas Bronté, a los cuales podrían añadirse muchos más.

A la primera de estas escritoras un crítico brutal atrevióse a compararla con una «vaca lechera». Pero por muy grosera que sea (e indigna de un caballero), esta comparación encierra mucha verdad, puesto que nadie igualó a Jorge Sand en facilidad, fluidez y verbosidad, cualidades que, en pasando de cierto límite, se transforman en intolerables defectos. ¿Quién no lee hoy a Jorge Sand sin disgusto? ¿Quién, engolfándose en sus novelas, no teme naufragar a cada momento, en esos agitados mares de vocablos en esas olas de sentimental logorrea?

La uniformidad de tema y estilo es otra peculiaridad característica de la literatura femenina. Jorge Sand escribió cien vols., cuyo tema fué eternamente el mismo, cuya protagonista es Jorge Sand y cuya perenne tesis es la Liberación de la Mujer, es decir, la liberación de la mismísima Jorge Sand, y la legitimación más o menos franca de la vida libérrima a que ella se entregara.

El «yo» resuella sin fin en aquella literatura, un «yo» hábil para disfrazarse de generoso, un «yo» elocuente como toda pasión, un «yo» egoista como un apetito, un «yo» que se toma por eje o centro del universo.

Semejante «yo» es necesariamente individualista o, lo que viene a dar lo mismo, anarquista.

Sobre este importantísimo asunto conviene citar una valiosa página del director de la *Revue Bleue*, Paul Flat, eminente crítico, cuya muerte, acaecida a principios de este año, es unánimemente deplorada en los círculos universitarios de Francia.

En su libro *Nos Femmes de Lettres*, (París, 1909), dice P. Flat: "Desde el instante en que la "femme de lettres" toma la pluma, revélase como fermento de anarquía. Podemos imaginárnosla en el orden privado excelente esposa, cumplida madre; pero luego, en sus construcciones imaginarias quita sistemáticamente todo valor a las virtudes de que personalmente daba ejemplo".

«Renuncio, añade el crítico, a buscar la razón última de semejante hecho y dejo este cuidado a psicólogos más perspicaces o más pacientes que yo». (p. 233).

Esta conclusión, que Paul Flat sacaba de un grupo de hechos descubiertos por él al estudiar a las "femmes de lettres" francesas, que se llaman Madame de Noailles, Lucie Delarue-Mardrus, Madame H. de Regnier, Marcelle Tynaire y Renée Vivien, puedo sacarla yo lógicamente de la *Hora de Queda*.

Descúbrese en este libro un "yo" femenino omnipotente. Pero, más aún que el "yo", brilla ahí, si tal puede decirse, el "fermento de anarquía" característico, según Paul Flat, de la literatura femenina.

Podrían darse varias pruebas de su presencia.

Por no alargarme demasiado, citaré solamente la que hallo en *El Anillo de Amitsis*.

Ahí Sagrario, joven española, de aristocrática prosapia, se deja seducir por un arqueólogo de edad muy madura, y cree que en ello usa de su derecho a "vivir su vida". Es una niña de muy peculiar índole, mezcla de pasión y de razón, pero más impulsiva que razonadora.

De repente, en una visita que en compañía de su madre hace a su tío, Cardenal de Toledo, pide a este prelado que la oiga en confesión. En el santo tribunal estalla una tempestad cuyos emocionantes pormenores deben verse en el libro de Iris.

Pero lo raro ahí no es que estalle una tempestad: es que la extraviada Sagrario, sin ser católica, no solamente recibe la absolución sacerdotal, sino que, en seguida comulga piadosamente de manos del tío arzobispo.

¿Qué se propondría, pues, aquella niña, al arrodillarse piadosamente a los pies del eminentísimo confesor?

Mucho temo que Sagrario obedeciera a un mefistofélico impulso de asombrar al prelado. Pensaría: ¿Qué dirá mi tío cuando sepa que el ladrón de mi honra es el mismísimo ladrón del anillo de Amitsis? Y después de dar a su tío un buen susto, comulgó...

Para ella la confesión y la comunión no han de significar gran cosa: con pequeñísimos incidentes o accidentes "en el eterno proceso de la vida sin fin..."

Y ella misma, ¿qué es? "Soy en el mundo una

pequeña creatura que se llama Sagrario, que sufre, que llora, que se desespera, pero *antes de venir a esta tierra, la vaga conciencia de vidas anteriores me recuerda tantas otras existencias, en que he revestido personajes distintos, en que he conocido otros seres y amado con otros corazones.... Y aún vendrán tantas vidas nuevas, en que cada ensueño tendrá su realización, cada deuda su rescate y cada esperanza su cumplimiento fatal?*" (pág. 161).

¡Curiosa meditación! Y ¡cuánto asombro no causaría en el eminentísimo cardenal, si de ella tuviese la menor sospecha! Porque, en verdad, es, desde el punto de vista religioso, una meditación anárquica. ¿Caben en alma verdaderamente cristiana semejantes doctrinas? ¿Puede ser católica, puede ser cristiana, esa desdichada Sagrario que cree, no sólo en su preexistencia sino también en una indefinida y quizás eterna variación de su personalidad? Hoy es Sagrario, es decir, una pequeña creatura que sufre, que llora, que se desespera; ¿qué era ayer, anteayer y en la larga serie de los siglos anteriores a su actual aparición? ¿Qué será mañana y en la eternidad venidera? Como ese doctor Gerard de "Tete de linotte" que había sido mujer en tiempos del Emperador Augusto, (p. 77), ¿quién sabe cuántas veces habrá cambiado de sexo en sus infinitos avatares la pobre Sagrario?

Hablando en serio, preguntaré: ¿puede conciliarse con semejantes ideas la doctrina cristiana sobre el origen del alma y sobre su destino?

El cardenal de Toledo habría contestado: Nó,

y sin dificultad habría descubierto en la meditación de su sobrina un fermento anárquico, el fermento destructor de la personalidad humana y de la responsabilidad moral.

Por lo demás, la misma Sagrario cuida de demostrar que tal es verdaderamente el alcance práctico de su doctrina.

Continuando su meditación, pregunta en efecto: «*¿Cómo he podido odiar, o maldecir, cuando cada ser cumple la ley de su naturaleza y en el daño que nos hace, la creatura es sólo el instrumento de la fuerza que la impele... para bien o para mal en cumplimiento del Destino?*

Esto, lógicamente, se deduce de aquello: donde no hay personalidad fija, no puede existir responsabilidad verdadera y personal. ¿Quién pide cuentas a una sombra que se transforma a cada instante y se disuelve eternamente, que hoy es varón y mañana hembra y que jamás se pertenece a sí misma?

Vuelvo a repetirlo: la doctrina de Sagrario (esa vieja «metempsicosis» nacida en la tierra de los fakires soñolientos, propagada en la Europa medioeval por los herejes maniqueos y resucitada en el siglo XIX por los espiritistas y teósofos), esa doctrina es netamente anárquica, puesto que destruye la autoridad de la ley moral en la conciencia, la libertad y la responsabilidad. Es doctrina de sueño, de quietismo, de «farniente» intelectual y moral. Si llega algún día a reinar en el mundo, éste presentará a quien pueda observarlo el triste espectáculo de una de esas «fumeries d'opium» que Claudio Farrere ha descrito

con tanta maestría. La época de la acción y de la vida intensa habrá pasado. ¡El mundo dormirá en paz! En vez de obrar, soñará...

Por dicha, esa filosofía india, que constituye el fondo doctrinal de *Tête de linotte* y de *El anillo de Amitsis* no aparece (o aparece apenas) en el resto del libro. Hasta puede decirse que la belleza literaria de éste crece en proporción inversa a la cantidad e intensidad de aquélla. En otras palabras, los mejores cuentos de Iris, son precisamente aquellos que no están, por decirlo así, «entrelardés» de filosofía.

Así, por ejemplo, cuando se contenta con observar y sentir (y deja al lector el cuidado de filosofar), Iris obtiene efectos literarios de extraordinaria belleza, como, por ejemplo, en *Minuit, chrétiens*, admirable cuadro cristiano capaz, por sí solo, de iluminar todo el libro y de disipar las nieblas indias que en parte lo invaden.

Y cuando pinta, no lo que ha soñado, sino lo que ha visto, nó al sabio doctor Gerard, ex-mujer de los tiempos de Augusto y hoy eminente médico parisiense, sino a las tres solteronas de *La Hora de Queda*, a quienes, sin duda, conoció y minuciosamente observó, vemos que, para ella, la realidad es una fuente de inspiración muy superior a la filosofía. ¡Cuán vigoroso es ese cuadro en que vemos a tres mujeres aristocráticas, piadosas y ociosas gastar inútilmente su vida y llegar, de decadencia en decadencia, a la ruina del hogar y a la muerte!

Hay allí retratos que serían perfectos si Iris los pintara sin filosofar.

En prueba de mi tesis, citaré el de Laura y se verá que la filosofía dista mucho de acrecentar su valor.

«Laura había envejecido *con la fealdad propia de las mujeres solteras, mezcla de rubicundez abotagada, de paralización física y de embotamiento mental. No ha circulado la vida en ellas; no la han recibido ni la han dado. El organismo se atrofia. El estanque guarda sus aguas inmovibles y de puro turbias y espesas no reflejan ya nada.* Talvez no era fea Laura en sus quince años, pero la expresión se le había embobado; la cutis se había quebrado en surcos que parecían tajos de sombra a la distancia; los dientes desiguales, tapados de oro, hundidos o salidos, todos estropeados, habían avanzado con la mandíbula hacia afuera, convirtiendo su boca en una especie de trompa que la hacía aparecer siempre con aire de niña taimada». (p. 15).

Todo lo subrayado en esta página es filosofía: suprimámoslo y veremos que el retrato, muy lejos de perder, gana con la supresión. En realidad hay aquí dos retratos superpuestos: el *de la solterona* típica, ideal, abstracta, y el *de una solterona* individual, real y concreta. El segundo visto al través del primero se empaña y pierde a la vez su vigor y su nitidez.

Y no es esto lo peor: mientras el retrato real se nos impone por la fuerza misma de la realidad que representa, el retrato ideal (rubicundez, paralización, embotamiento, etc.) nos provoca a discutir. Equivale a la proposición universal: "todas las solteronas son rubicundas, embotadas, et-

cétera, etc". ¿Es esto verdadero? ¿No conocemos, por ventura, solteronas en quienes falla, y madres de familia en quienes, al contrario, se cumple aquella malhadada proposición? Y si, en nuestra memoria, evocamos el recuerdo de venerables matronas rubicundas, paralizadas y embotadas (como las hay por centenares) ¿qué pensaremos del retrato?

Peor sucederá si, por ser de índole disputadora, no nos allanamos a admitir sin examen las tres proposiciones biológicas que vienen en seguida. La discusión, provocada por el cuadro ideal nos quitará la calma necesaria para apreciar el real.

Sobre esto, en vez de imitar a los novelistas filosofantes, (a Balzac, por ejemplo, o a Bourget), mejor éxito literario sería el nuestro si obedeciésemos fielmente a la regla de Flaubert: "¿Qué formas debemos adoptar para emitir a veces nuestra opinión acerca de las cosas de este mundo sin pasar más tarde por tontos? Es éste un grave problema. Me parece que lo mejor es pintar sencillamente esas cosas que nos exasperan: disecar es una venganza". (*Cartas a Jorge Sand* p. 41).

Aquí Iris, siguiendo a Flaubert, pudo con ventaja suprimir su disertación filosófica y dedicarse a pintar "tout bonnement", con lo cual la pobre Laura, en vez de disimularse detrás de un velo filosófico, habría aparecido en toda su fealdad, en una fealdad desnuda y disecada que es la más fea de todas las fealdades. "Disséquer est une vengeance". No sin placer han de mane-

jar los novelistas el escalpelo cuando el objeto de disección es un ser cuya fealdad carece de excusa porque se complica con ignorancia, pereza y orgullo, como en *La Hora de Queda*.

Con todo, esta novela corta es la mejor del libro y demuestra que Iris, con solo resolverse a describir sin filosofar, podría darnos cuentos admirablemente vigorosos y llenos de filosofía. Porque esta se halla incorporada en la realidad y brota de ella por sí sola, cuando el que contempla la realidad en el cuadro de la novela, tiene ojos para ver y cerebro capaz de interpretar lo que ve.